

ban con cirios é iban acompañados de músicos y cantores, estableciéndose, desde entonces, la Cofradía de los *Cocheros de Nuestro Amo*, oficio que desempeñaban las personas más prominentes.

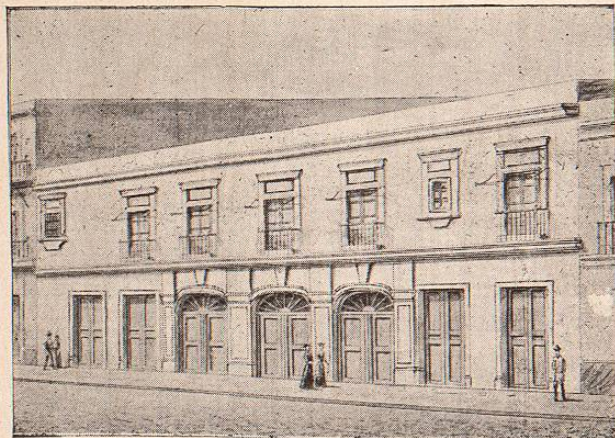
* * *

Entremos un momento en la "Sociedad del Progreso," pues todavía podemos disponer de una media hora, antes de que dé principio la Opera. Un gran patio cubierto de cristales, forma, como ves, el salón principal del establecimiento,



CAFE DEL PROGRESO.

uno de los más concurridos de la Capital; gruesas pilastras de madera sostienen los corredores, tras de cuyos barandales se ven simétricamente colocadas las puertas del hotel y del comedor de la gran fonda; observa en la parte baja, al frente la cantina y detrás del mostrador al cantinero con su gorra de terciopelo, en la que flota una gran borla de seda; á la derecha una portada, medio ojival, que da entrada á las salas de billar; á la izquierda una puerta y un pasillo que comunican con el Teatro Principal, y



TEATRO PRINCIPAL.

frente de la cantina, la puerta que da entrada al café por la calle del Coliseo. Las mesas, distribuidas con simetría, están formadas por grandes discos de mármol montados sobre tripiés de hierro, y todas están ocupadas por distintas clases de individuos. En una se ha-

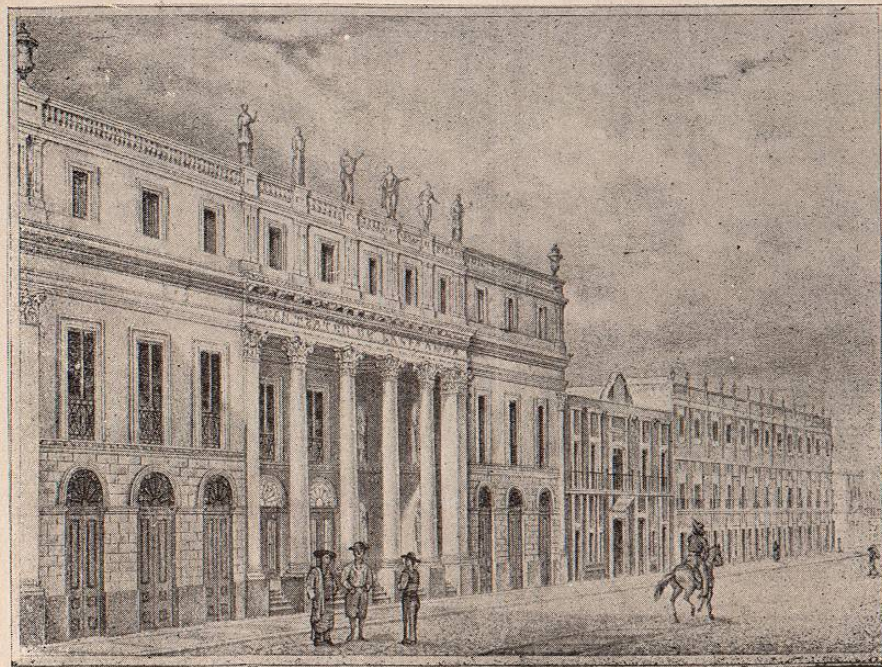
lla un grupo de rancheros, ellos con anchos sombreros de palma y sus cotonas de gamuza, y ellas de trenzas sueltas y con sus *rebozos* de bolita. Con qué placer toman aquéllos sus soletas y nieve de limón, que instintiva-

mente soplan antes de cada sorbo, como para comunicar á aquella algún calor, y éstas sus tazones de café con leche y sendas tostadas de pan con manteca. En otra mesa, un honrado padre de familia contempla la fruición con que sus *pequeñuelos* saborean el

buen mantecado ó el helado de zapote ó fresa, en tanto que en la de más acá un individuo abstraído en la lectura de un periódico, apenas fija su atención en el que está á su lado, muy pensativo y cabizbajo, haciendo apuntes en su cartera, referentes tal vez, á la distribución del sueldo recibido. Debajo de los corredores, varios grupos de individuos que rodean las mesas, unos de pie y otros sentados, denuncian á los concienzudos jugadores de ajedrez, ó á los que se entretienen en el trivial juego de las damas ó en el no

menos inocente del dominó, haciendo los últimos escuchar el continuo repiqueteo producido por las fichas al ser barajadas sobre el mármol.

Abandonamos el café del Progreso saliendo por la puerta que da á la calle del Coliseo



EL GRAN TEATRO.—EXTERIOR.

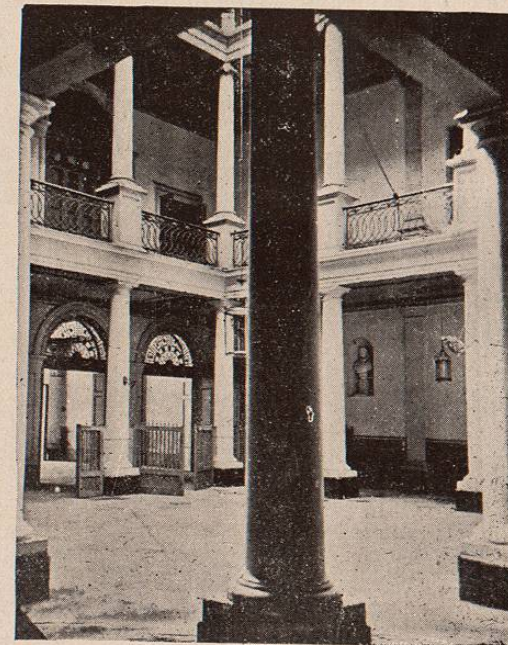
Nuevo y á poco andar nos hallamos frente á frente del vetusto Teatro Principal, acerca del cual me apresuro á poner en tu conocimiento que, á causa de contar ya la ciudad con el nuevo y hermoso Teatro de Vergara, sus puertas permanecen cerradas por largas temporadas y que en su escenario han brillado, últimamente artistas de relevante mérito, que á su tiempo te dará á conocer.

* * *

El grito que escuchamos: "*á las gorditas de cuajada, señores*" nos indica que nos hallamos en la esquina de la calle de Vergara. En el pórtico del gran coliseo, frente de las casas números 4 y 5 de la expresada calle, vemos á varios elegantes con el sobretodo al brazo, quienes esperan la llegada de las bellas damas de sus pensamientos ó á otras de sus familias, que sucesivamente van llegando en sus magníficos landós. Detengámonos un momento ante el cartel para instruirnos acerca del reparto de la pieza:

Roberto, duque de Normandía.	Sr. Salvi.
El Caballero Bertramo.	Sr. Marini.
Isabel princesa de Palermo.	Sra. Bertuca.
Alicia, aldeana de Normandía.	Srita. Steffenone.
Rambaldo.	Sr. Quinto.
Elena, Superiora del Convento.	Sra. Montplaisir.

Atravesamos después el hermoso y amplio vestíbulo y entramos en la gran sala, ya casi llena de espectadores, la que presenta un her-



GRAN TEATRO.—PATIO Y VESTIBULO.

moso aspecto. Todos los antepechos de los palcos son de madera estucada y dorada, así como las columnas y pilastras corintias que sostie-

nen el atrevido arco del prescenio. Las butacas son de caoba con sus cojines de taflete rojo, muy relucientes por el aseo; cinco puertas posee la sala, la central y cuatro laterales de las cuales dos corresponden á los palcos intercolumnios, sobre los cuales están en sus hermosas repisas los bustos de dos ingenios mexicanos, Alarcón y Goroztiza. El telón de boca, obra del entendido pintor Riviere, representa la gran plaza de México con la proyectada columna de la Independencia y dos fuentes monumentales, y el otro telón ó de entre actos, por el mismo pintor, es rojo, con arabescos, cordones y flecos en el extremo de la cortina y tres grandes medallones en su centro con hermosas figuras que representan á Melpómene, Talía y Terpsícore. El alumbrado, por último, está reducido á las candilejas del foro y á noventa luces colocadas en un gran disco de metal blanco bruñido, con su perilla dorada en el centro, aparato á que dan el nombre de lucerna y el cual descende ya encendido ó

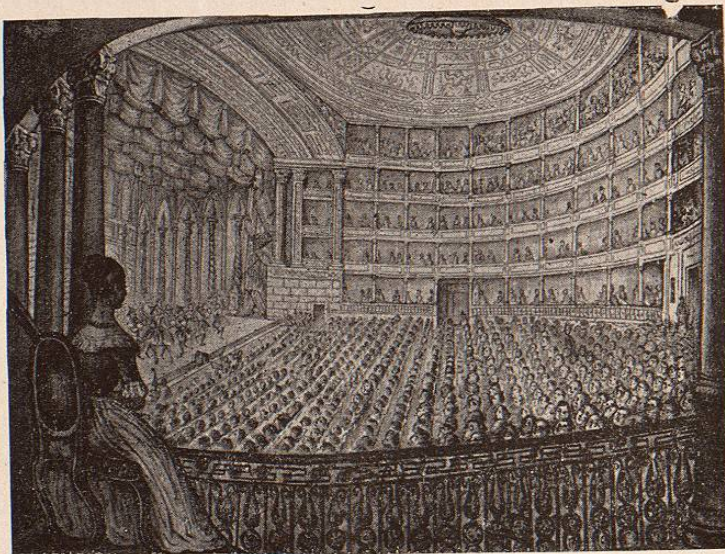
asciende para encenderse por la horadación practicada en el centro del cielo raso.

Las observaciones que haces revelan tu sentimiento estético, pues ha llamádote la atención y has elogiado el grandioso aspecto del salón, el bello arco del proscenio y la amplitud de la embocadura del foro. Pronto te convencerás de otras circunstancias favorables de este Coliseo; tales son sus buenas condiciones acústicas, para la ópera como para la comedia, su buena ventilación y sus numerosas y expeditas salidas que ponen á cubierto de cualquier peligro á los concurrentes, y por tanto, bastaría decorar este teatro cual se merece, para convertirlo en uno de los de primer orden.

Instalado en una de las butacas del centro

has podido observar, más á tus anchas, la hermosura del salón y el buen efecto que presenta por su aseo, como que, no contando el teatro más de nueve años de existencia, todo en él es nuevo y la incuria no ha dado aún lugar para su demérito; y en tanto que lo has estado examinando, la concurrencia ha ocupado todas las localidades y me congratulo de que tu atención se fije de preferencia en los palcos.

—Con qué atención miras el número 5.—¿Qué hermosa dama, no es verdad? y qué bien le sientan las riquísimas alhajas que ostenta en su alabastrino cuello y en su bien peinada cabellera.—Esa noble dama es la Sra. Doña Dolores Escandón.—Fija ahora tus miradas en las rozagantes jóvenes que en este momento entran en el palco 16, tan llenas de vida y con sus trajes vaporosos y veo que abres tamaños ojos dominado por tu admiración; ten calma y si tanto te gustan, te diré quiénes son por si intentares pretender á alguna de ellas: son las



GRAN TEATRO.—EL SALON.

hijas de Don Fernando Benítez. Me preguntas ¿quiénes son las jóvenes de la platea número 7, cuyos ojos brillan como estrellas? Son las Echeverrías, te contesto yo.—Y la hermosa dama de la platea anterior que seduce por su frescura y gallardía, te diré quién es, aunque no me lo preguntes: Doña Hipólita Urruchua, viuda de Martínez del Campo.—Dirige luego tus miradas al palco número 20: ¿Qué te parece la dama que está con esas dos jóvenes?—Hermosa como sus brillantes, oigo que me contestas, y cuidado que éstos son espléndidos.—Esa dama, te digo, es Doña Ana María Cubas, la noble tía que prestó á mi orfandad valioso auxilio aliviando el infortunio de mi buena madre. Las jóvenes que la acom-

pañan son la simpática é inteligente Margarita Galinie y la graciosa Juana Gamboa. Por constituirme en tu guía me veo fuera de ese palco.—Mas ¿quién es la elegantísima joven de soberano aspecto y en cuyo bello semblante se revela la bondad de su carácter?—¡Ah! advierto que con sólo mirar á la del palco número 21, aprecias en lo que vale la distinguida Catalina Barron, que acompaña á su mamá la noble Sra. Doña Cándida Añorga.—En el palco de la Sra. Agüero, que es el número 11, verás á las simpáticas y elegantes Buchs y á su lado á las Martínez Negrete, atrayéndose los corazones por sus gracias juveniles.—Mira ahora en el palco número 19 á una de las damas principales, tan noble y bella como amable y rica, la Sra. Doña Dolores Rubio de Rubio, á la que acompañan sus dos virtuosas y simpáticas hijas.—¿Qué te ha llamado la atención en el palco 10, que no apartas de él los gemelos?—¡Ah! ya caigo en la cuenta y aplaudo tu buen gusto.—Ves á la hermosa Manue-la Barrio ¿no es verdad?

Mucho te ha llamado la atención la superabundante y escogida concurrencia de nuestro primer teatro; mas te advierto, querido lector, que siempre es así porque nuestro público tiene predilección por los grandes espectáculos. Para demostrarte cuán cierto es lo que te digo, te hago saber que el empresario Marezek ha recogido de entradas, desde el 16 de Mayo en que se estrenó la Compañía hasta hoy 30 de Noviembre, la respetable suma de 130 mil pesos. Los ricos jamás abandonan sus palcos en las temporadas, sean los espectáculos de verso ó canto, y aun cuando se ausentan de México, aquéllos quedan pagados, por lo que se explica la existencia constante de buenas compañías. Ninguno de ellos toma por pretexto, á la cuarta ó quinta representación, la insuficiencia de una soprano, ó de un tenor, ó la repetición de las óperas, para no tomar el abono siguiente, ni se abonan á medias como suele suceder en otras partes. Por eso tienes hoy buenos espectáculos baratos, que mañana serán, tal vez, tan malos como caros.

Pronto va comenzar la ópera y así te indicaré quiénes son las damas que ocupan los palcos en que no has fijado tu atención por el desorden que ha seguido tu curiosa investigación, y advierte que todas ellas no ceden en elegan-

cia y hermosura á las que hemos contemplado: las Ronderos, Algaras y Casaflores, en los palcos 2, 3 y 4; las Cervantes, Trigueros y Terreros, en los 6, 5 y 8; la Sra. Victoria Rul de Pérez Gálvez en el 17; las Anzoáteguis en el 18; Cortina, Morenos, Sra. de Cancino y la Sra. Noriega con sus hijas las Obregones, en los palcos 22, 23, 24 y 25, y por último, las Mosos, Rincón Gallardos; Sra. Iturbe y las Lombardos, en las plateas 1, 2, 4, 5 y 8.

* * *

Las vigorosas y estridentes frases de los trombones con que da principio la introducción de la maravillosa obra de Meyerbeer, nos obliga, lector querido, á poner toda nuestra atención en la escena, y observa, al alzarse el telón, la apostura del dulce tenor Salvi y del gran bajo Marini, que aparecen sentados cerca de una mesa, y dí si por su continente, no te revelan desde luego á dos grandes artistas que poseen el dominio absoluto de la escena; mas no queriendo distraer para nada tu atención, dejaré para después de terminada la ópera nuestras observaciones, tanto en lo que atañe á la obra musical, como á su desempeño.

Por fin, la obra que comenzó con una soberbia introducción, dió término, al cabo de cuatro horas, con un majestuoso terceto digno remate de la gigantesca partición. Voy á llevarte, como te ofrecí, querido amigo, á cenar á la fonda del "Conejo Blanco," á la que, te advierto, solemos ir muy de tiempo en tiempo y sólo por humorada, algunos de los concurrentes al teatro. El fondista nos tiene reservada en su misma habitación una mesa, pues los demás del público se proveen del afamado *donoso*, en el portal de Agustinos, frente al callejón, donde viste la mesa con los manjares que excitaron tu apetito. Pongámonos en camino y refiéreme, entre tanto, tus impresiones.

—Jamás he oído, me dices, cantante alguno como Salvi, que tanto seduzca, así por la dulzura de su voz, como por su intachable escuela, hasta el grado de que los espectadores suspenden la respiración cuando él canta. Noté que para emitir sus notas altas recurre al falsete, pero lo ejecuta con tal arte, suavidad y modulación que verdaderamente encanta. En el brindis del primer acto, en la siciliana *Sorte amica e te m'affido*, y en los dúos con Rambal-